

## Escena triste

Para G. y J., porque existieron.  
Para Nancy y don Werner,  
por si existieran.

A veces, Nancy se dolía de que la vida en el café fuera tan pareja, tan sin gracia. Entraban y salían los mismos parroquianos, o entraban y salían parroquianos nuevos pero iguales a los demás, y pedían cosas iguales (un completo, una paila de jamón con huevos, una cerveza); luego partían, y dejaban o no propina, y si sí, eso era lo único que de ellos quedaba acá, más un cigarrillo apagado, o dos, y unas cenizas, migas, palos de fósforos. Restos.

Nancy leía novelas en sus ratos libres. En dos o tres ocasiones, su patrón, un alemán sonrosado y enorme, la sorprendió en el repostero con su libro abierto. Había ocurrido, invariablemente, durante el intervalo entre desayuno y almuerzo, o entre almuerzo y once: sin quehaceres. Ah, ah, pero ni aun así podía entenderlo don Werner. Cómo iba a caberle en la cerebro que dugante las hogas de tgabajo, aunque no hubiera que hacer nada preciso, se hiciera otra cosa que trabajar, o estar disponible, migue.

Menos se explicaba que alguien leyese aventuras inexistentes, de seres inexistentes, que quizá incluso transcurrieran en lugares inexistentes. ¿Para qué? ¿Cómo le interesaba a nadie algo que no ega?

—Oootzio, oootzio —repetía don Werner, con unas oes del tamaño de su inmensa papada, o de su asombro.

No la reprendía. La falta de Nancy estaba más allá de su código de disciplina. Don Werner ni imaginaba siquiera la sanción aplicable, fuera de esos abrumados «ah, ah», y de unos meneos de cabeza de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, desahuciando a la muchacha como ser práctico. Desahuciando incluso al país, al continente, donde podían ocurrir hechos así. De ese modo no se progresaba. De ese modo no se iba a ninguna paaaagte.

—Oootzio, ah.

Nancy se ruborizaba intensamente cada vez que su patrón la sorprendía. Experimentaba una vergüenza, un bochorno, solidariamente alemanes; igual que si, a su vez, hubiese entendido (o pudiese algún día entender) las insondables honduras del disparate que don Werner, tan buena persona, veía en su afición.

Intuía que habría resultado en vano explicarle. Decirle, por ejemplo, que anoche, mientras leía, el sueño se la ganó precisamente en los momentos en que Juvencio ocultaba a Reginaldo la carta de Leonor, y Reginaldo, desesperado, se preparaba para montar a caballo y partir, perdiéndose en el horizonte quizá a dónde, a qué oscuro desastre o a qué inédita aventura. Un día entero en duda era demasiado. Y era como si ella, al dejar de leer, estuviese impidiendo que el autor del libro (la autora: María Laura de Rodignac) arreglara en debida forma el destino de sus personajes y los condujera hacia el final feliz.

Nancy se sentía, sin saberlo, medio guardiana, medio ángel custodio de los héroes y las heroínas cuyas peripecias convivía desde su modesto cuarto de pensión o, a hurtadillas, desde un rincón del repostero del Café Oldenburg.

El café era monótono, y los intervalos que ella pasaba en ese otro mundo, tan rico y movido, le ayudaban a soportar, ¡hasta con alegría!, su ir y venir de mesa a mesa, pronunciando idénticas respuestas a idénticas preguntas, y repitiendo gestos y pasos para atender a los clientes. Era como no ser nadie, pensaba Nancy. Porque ninguno de los parroquianos que venían acá daba la impresión de haberle visto nunca el rostro. Aunque se lo hubieran mirado (tal vez para no confundirla con Luzmira a la hora de pedir la cuenta), no se lo habían visto.

En cambio leyendo aquellas novelas, Nancy era. Existía. Tenía la impresión de pasearse, invisible, dentro de los castillos o las mansiones. En cierta forma, el novelista y ella se aliaban para sacar de aprietos a Reginaldo y a Leonor, a Beatriz y a Eusebio. Contra viento y marea los empujaban rumbo a esos finales en que la pareja, unida al cabo de tanta separación y angustia, caminaban en pos del crepúsculo; o bien uno y otro corrían a encontrarse por una playa larga y dorada de sol, anhelosos de estrecharse en un abrazo...

A veces, quizá por distraerse durante sus trajines, Nancy trataba de imaginar a los clientes del Café Oldenburg como protagonistas de novela. Ese joven, por ejemplo, de rostro largo y pálido,

algo triste, ¿no estaría abriéndole su corazón a la muchacha rubia que lo acompañaba? ¿No estaría diciéndole que iba a luchar por abrirse camino y conquistar un porvenir para ambos? ¿No era, sí, un gesto de resolución el que apretaba su mandíbula?

Pero al acercarse solía esperarle un desengaño. Él decía, probablemente:

—Es negocio redondo.

Y ella:

—Depende del porcentaje que toques.

O decía él:

—Estoy hasta la coronilla de estudiar tonterías.

Y ella:

—No te amargues. Salgamos a bailar esta noche y mañana verás si...

Nunca venían Reginaldos ni Leonores al café.

¿O sí?

Esa tarde, ya muy pasadas las dos, entraron.

—Ah, ah —protestó don Werner—, no son hogas, vaya.

Pidieron almuerzo. Así: almuerzo. Pero Nancy no podía llegar a la cocina y repetir: «Maestro, dos almuerzos», como si existiera algún plato con ese nombre. Les preguntó:

—¿Qué se van a servir de primero?

—¿Qué hay?

—Crema de tomate, consomé, palta reina.

—Sí —dijo él, sin apartar la vista de su amiga.

Nancy se quedó mirándolos. Ella era hermosa, y él también. Ambos tenían los ojos muy oscuros (¿negros?), fijos los de él en los de ella y los de ella en los de él, como si no pudieran volverlos a ningún otro lado.

—¿Consomé? —aventuró Nancy.

—Sí —repitió él.

—¿Y de segundo?

Don Werner insistía en que trajera siempre los pedidos completos. Ogden, ogden. Así, mientras se sirve uno, se prepara el otro.

—¿De segundo? —insistió—. ¿Filete con puré, riñones con arroz, lomo con ensalada?

—Eso —volvió a decir él.

—¿Filete con puré?

El lomo estaba un poco duro, hoy.

—Sí.

Seguía en la luna. Era evidente que seguía en la luna, y en la luna no había sino esa muchacha de rostro algo ovalado, cuello largo, pelo sedoso recogido con un simple pañolón. Mirada triste.

—¿Qué quieren los tórtolos? —preguntó el maestro, en la cocina.

—Dos consomés, dos filetes con puré y dos papayas al jugo.

—¿Quieren lo mismo el par de palomitos?

—Lo mismo —y se sintió enrojecer.

—Miiiiire.

Ojalá les gustaran las papayas al jugo, pensó Nancy. A ella la fascinaban.

—¿Bebidas? —inquirió el maestro.

Nancy vaciló.

—Nada —repuso al fin—. Agua.

—¿Mineral?

—De llave.

¿Para qué hacerlos gastar? Cogió un jarro, una panera, y se dirigió a la mesa de la pareja. Dialogaban en tono muy quedo, pero Nancy alcanzó a oír que él decía:

—...tal vez no pueda volver. No sé. Serán dos o tres años, por lo menos.

Y ella:

—No importa, amor. No importa.

Él:

—No tengo derecho a pedirte...

Ella movió la cabeza, como afirmando. Como afirmando: Tienes derecho, y: Aunque no tuvieras.

Nancy habría querido (ahora sí) no ser, no existir mientras colocaba sobre el mantel la panera, los cubiertos, el jarro, un cenicero. ¿Fumarían? Deseó, incluso, no haber oído aquel trozo de diálogo. Aunque involuntaria, le dolía su propia intromisión. Se retiró, presurosa (esta vez don Werner no habría tenido nada que reprocharle a propósito de agilidad), y entró en la cocina.

—Listos los consos —anunció el maestro.

Le pareció más vulgar el maestro. Los consos. Los tórtolos. Todo era simple y ordinario para él. Sin su bondad, su sencillez, su invariable buen humor, habría hecho un espléndido rufián de novela. Hasta el rostro le ayudaba: en cualquier momento de la mañana o de la tarde, como por obra de un toque misterioso, daba la

impresión de tener la barba de un día. ¡Y aquel tajo en el cuello! Y los dientes dispersos y amarillo-verduscos. Pero, claro, estaban su bondad, su sencillez, su buen humor, y Nancy sabía (¿en dónde lo leyó?) que el verdadero rostro de los hombres se oculta en algún rincón de su alma, o al revés.

Ahora, el muchacho y la muchacha fijaban con tenacidad la vista sobre el puerto. Él murmuró:

—Es el barco, es ese, ahí.

Ella:

—Odio ese barco.

—No —dijo él—. El barco da lo mismo. Pudo ser otro. Es la vida, no sé...

—Odio la vida, entonces.

Los ojos de ella brillaban bajo la resolana hostil. La sombra, quizá, de una sonrisa le curvaba los labios sutilmente.

—No se debe odiar la vida.

—No.

—La vida eres tú, y soy yo, y es esa tarde en que nos conocimos.

—Sí —asintió ella.

Y Nancy no supo si era no a lo primero, y la muchacha creía que no se debía odiar la vida; o sí a lo segundo, y aceptaba que la vida era ella, y era él; y si la tarde en que se conocieron le parecía un prodigio fuera de la vida, ¿un sueño tal vez, o...? Con mano trémula, depositó sobre el mantel los cuencos del consomé y se alejó, veloz de nuevo.

Alcanzó a escuchar que ella decía:

—Te escribiré todas las noches —quiso bromear—. Hasta que te aburras.

Sonreía. Una sonrisa triste le iluminó el rostro. Él no contestó. Era innecesario que le confirmase: jamás me aburriré.

Los de la mesa dos se fueron. Los de la uno acababan de pagar la cuenta. La tres y la cuatro llevaban un buen rato vacías. Nancy se instaló en un rincón. Don Werner obligaba al personal a «estag siempgue atentos a los clientes pog si acaso».

Imposible dejar de observar a la pareja. Qué importa, pensó: esto no era entrometerse. Ellos nada sabían, ni iban a enterarse nunca. Se sentían libres. Solos. Y nadie podría mirarlos con tanto respeto como ella. Sus ojos jamás romperían la intimidad de aquella escena. Estaba tan fuera, tan lejos, los afectaba tan poco como

cuando, al leer, presenciaba en las páginas de *Angustias de pasión* el emotivo adiós de Gloria y Julio en la Torre de los Vientos.

—Mi amor...

Nancy creyó descubrir, ahora, que los ojos de él estaban húmedos, y por las mejillas de la muchacha, sí, se vio bajar un par de lágrimas. Se habían cogido las manos, sin acordarse para nada del consomé (¿iría a enfriarse?), y se contemplaban fijamente, ajenos al lugar y al tiempo. No hablaban ya. ¿Qué podrían decirse en palabras —reflexionó Nancy— que no se estuvieran diciendo sus pupilas? Sintió que un nudo le cerraba la garganta. Trató de imaginar, y trató de no imaginar, qué habría detrás de esas palabras que acababa de escucharles.

Él era alto, de tez un tanto oscura y pelo crespo, con un vago toque de recia tosquedad en los rasgos. Una dulzura grande, muy viril, daba sello a su cara. Tenía que ser bueno. Y ella era fina, con la gracia indefinible de unos rasgos delicados, unos ademanes entre coquetos y tiernos, muy suaves. Donosa. La curva de su boca ponía en su hablar, ¿qué? ¿Encanto? ¿Simpatía?

Algo (una sartén, una olla) retumbó al caer, en la cocina. El maestro era sencillo, bonachón, alegre. Pero también era vulgar sin remedio.

—¡Puchas! —exclamó.

Al oírlo, los jóvenes parecieron volver a tierra, sorprendidos. Miraron a la mesa, miraron los cuencos, las cucharas. Se dieron cuenta de que existía todo eso. Muy lentos, comenzaron a beber sus consomés. Que ya debían de estar tibios, pensó Nancy. Él terminó, después de un rato. Ella dejó la mitad. Más de la mitad: apenas si lo había probado.

Nancy se aproximó, recogió la loza, regresó a la cocina, fiel a las instrucciones de don Werner («Guetigagse en seguida cada fez»).

Ahora no le escuchó palabra a ninguno de los dos. Tampoco hablaron cuando ella retornó y les trajo el filete; ni cuando les sirvió el postre (sí: comieron las papayas sin dar muestras de extrañeza); ni cuando dejó, discreta, la cuenta bajo el plato servilletero de él. Él extrajo maquinalmente unos billetes del bolsillo, miró el vale, contó, dejó una cantidad sobre el mantel.

—¿Vamos?

Se pusieron de pie, partieron.

Nancy tenía el corazón encogido mientras los miraba descender uno a uno los ciento sesenta y cuatro peldaños (que don

Werner se había dado el trabajo de contar) de la escalinata de piedra que bajaba el cerro. Llegaron a la calle mientras ella los seguía con la vista. Permaneció aún algún un rato inmóvil después de verlos perderse tras un recodo, en dirección al puerto.

Por enésima vez, él preguntó:

—¿A qué hora parte tu tren?

Y ella contestó por enésima vez:

—A las cuatro y cuarto.

—No falta nada —murmuró él.

—Nada.

Pero no hicieron amago de apretar el paso.

—¿Cómo vas a esperar a la hora de zarpe del buque?

Él se encogió de hombros.

—¿Caminaré? —dijo, dudando.

—No te canses, mi rey.

Volvió a encogerse de hombros:

—Tal vez después me ayude dormir.

Ella:

—Quisiera quedarme para hacerte adiós.

—Pero no puedes.

—Tú sabes, mis padres...

—Sí.

Silencio. Iban, de nuevo, cogidos de la mano, muy apegado el uno al otro, apurándose despacio, como solía decir él. Un ciclista pasó casi rozándolos, silbó burlonamente, les gritó:

—¡Pichonciiiiitos! —arrastrando la i.

Ellos le sonrieron, y el ciclista, vuelto hacia atrás, lanzó una carcajada limpia, que se apagó poco a poco, ahogándose en la bulla metálica de un tranvía cuya mole se venía acercando desde el lado sur.

Llegaban a la estación del puerto. Entraron. Bordoneo de voces, prisa. Un pitazo. El altoparlante anunciaba algo. Se abrieron camino entre el hervir de gente; pero avanzaban como si estuvieran solos, la mirada fija en la otra mirada. Desexistían el mundo. Buscaron el vagón que le correspondía a ella. Un nuevo pitazo, urgente, la movió a subir un peldaño de la escalerilla.

—Adiós —musitó.

—Adiós.

El tren comenzaba a ponerse en movimiento. Algún retrasado trepó de un salto y pasó, veloz, junto a la muchacha. El malecón que traía en la mano la golpeó de paso.

—¡Perdone!

Sonrió: no importa. Él marchaba, ahora, para seguirla desde la plataforma y, antes de que fuera tarde, su mano la rozó en la mejilla, en un esbozo de caricia.

—Éntrate. No vaya a...

—Adiós.

Debía abrirse espacio entre grupos de personas que despedían a los viajeros. Resultaba difícil adelantar y mantenerse cerca de la escalerilla. La muchacha subió otro peldaño.

—Cuidado —advirtió.

Él:

—Cuidado tú.

Se perdieron ambos de vista.

Ella penetró en el vagón, tratando de divisarlo a través de las ventanas y los adioses ajenos. No pudo. Buscó un asiento: solo quedaban en el costado opuesto al andén. Se sentó, sin mirar hacia fuera. Espiaba con insistencia la puerta posterior, por la que no tardó en emerger él, sin apremio. La buscó con la vista.

—Bueno —dijo mientras se instalaba a su lado.

Y ella:

—No volvamos a hacerlo.

Negó él con la cabeza: no, no volverían a hacerlo.

—¿Sabes?, me ha dejado triste el juego...

—Te ves bonita, triste.

—Hablo en serio.

—En serio estás bonita.

—No podía tragar, en el café. Ni sé qué almorzamos.

—Yo tampoco —reconoció él; luego—: Lloraste.

—Y tú anduviste a punto.

Él asintió, sonriente. Ella:

—Al principio era entretenido hacer estas comedias. Pero ahora... Fue como demasiado real. Como si de verdad fueras a irte en el barco ese... El... ¿Cuál era el nombre?